

LAS TRADICIONES DE LOS DIAS DE MUERTOS ENTRE LOS MATLATZINCAS DE SAN FRANCISCO OXTOTILPAN.

Maricela Gallegos Deutze

El presente trabajo se refiere a un grupo étnico originario del territorio del actual Estado de México. Este grupo constituyó en la época prehispánica -previa a la conquista española- el grupo más importante del Valle de Toluca y zonas vecinas, ya que ocupaban casi todo el Occidente del actual Estado de México, una parte del Estado de Michoacán, una del de Guerrero y una del de Morelos. Desarrollaron una cultura avanzada que llevaba la impronta de las altas culturas mesoamericanas. Hoy, se localizan virtualmente, sólo en San Francisco Oxtotilpan, del Municipio de Temascaltepec.

Su origen proviene de grupos otomíes muy antiguos que llegaron al centro de México y se dispersaron por la Cuenca de México y el Valle de Toluca.

Entre los años 750 y 1162 -durante la época de esplendor de Teotenango como centro ceremonial- es muy posible que el Valle de Toluca estuviera dividido en dos regiones: una al Norte, ocupada por los toltecas- que llegarían a ser conocidos como matlatzincas y otra al Sur, habitada por los teotenancas que más tarde se llamarían también matlatzincas. Ambos: tolocas y teotenancas, se hallaban emparentados tanto en lo étnico como en lo lingüístico con los otomíes surianos.

De acuerdo a Chimalpahin, hacia el año de 1255, se habla de los matlatzincas, mazahuas y malinalcas del Estado de México. Por ciertos acontecimientos históricos sucedidos en esa fecha, Piña Chan deduce que Calimaya y Teotenango estaban ya poblados por matlatzincas, los cuales desde entonces tenían fama de grandes guerreros.(1)

San Francisco se localiza a los 19 grados 10' de latitud norte y a los 99 grados 54' de longitud oeste. Se halla a unos 48 Kms. de la Cd. de Toluca, por la carretera que va a Temascaltepec. Se

extiende un valle rodeado de altas colinas, al poniente del Nevado de Toluca.

San Francisco sigue un patrón de asentamiento semidisperso, semejante al que tenían los matlatzincas en la época prehispánica; los barrios están distribuidos al pie de las colinas y en el centro se halla la iglesia, la escuela del nivel preescolar y la del nivel primario, la Delegación Municipal, el Centro de Salud y algunas viviendas.

La casa habitación es de planta rectangular, constituida por dos cuartos contiguos. Las cabañas son de madera y también hay de adobe. Algunas más recientes, son de ladrillo. En las primeras, el piso es de tierra apisonada. En un cuarto se halla el fogón, al ras del suelo. Este cuarto es el sitio principal de reunión. El otro cuarto se destina para dormitorio. Algunas casas cuentan con temazcal.

Según el Censo que data de 1990, levantado por los maestros del lugar, San Francisco tenía 1,770 habitantes, casi todos ellos, bilingües. Otra cantidad semejante se hallaba fuera, principalmente en la Ciudad de México, trabajando de manera temporal o permanente en ella, lo que les permite colaborar con dinero y en especie en su comunidad, lo que hace que ésta se reproduzca, ya que todos los que viven fuera mantienen un lazo de parentesco y también de carácter ritual en su comunidad.

La región del Valle de Toluca -Valle de Matlatzingo- tenía su cabecera en Calixtlahuaca en la época prehispánica, la cual era un centro ceremonial matlatzinca, así como Teotenango; ambos contienen importantes vestigios arqueológicos de esta cultura.

Respecto a su nombre, el topónimo Matlatzingo es náhuatl. Así bautizaron los mexicas el lugar, por el gran uso que tenían los matlatzincas de la red. Según Sahagún, viene de málatl: red, la cual usaban para pescar, para cargar, para desgranar el maíz, y también para estrujar y retorcer a la víctima que ofrecían a su Dios principal: Coltzin.

Los únicos nombres en matlatzinca que se conocen para la región del Valle de Toluca son: Nepintahuhui ("Los de la Tierra del Maíz"), Nentambati ("Los hombres de en medio del valle") nombres que los Pirindas o Matlatzincas de Michoacán dieron a los matlatzincas del Valle de Toluca.

La base económica de los matlatzincas sigue siendo la agricultura, que es de subsistencia fundamentalmente. La tenencia de la tierra es comunal. La agricultura en parte es de riego y en parte es de temporal. Las técnicas de cultivo son tradicionales aunque ya se usan los fertilizantes químicos y unos cuantos utilizan maquinaria moderna.

La residencia entre los matlatzincas es patrilocal y la descendencia, patrilineal. La unidad social básica es la familia extensa. La división del trabajo sigue siendo por sexos y edad. Para la producción forman grupos de ayuda mutua, estos grupos lo forman aquellos que son parientes en primer grado, ya sea por línea paterna, o por afinidad. También se unen al grupo los que son compadres.

La vida familiar sigue basándose hoy como antaño, en el respeto a los padres. Hay un gran respeto por los mayores, en especial, por los ancianos. Los niños son tratados con respeto también; K no se les maltrata físicamente. Los lazos de parentesco tienen gran significado entre los matlatzincas, así como las relaciones de compadrazgo.

Entre sus tradiciones, ocupan lugar preponderante sus fiestas de carácter popular de tipo religioso y ligadas al ciclo agrícola. La vida de la comunidad gira en torno de estas festividades a lo largo del año.

El sistema de cargo de la mayordomía se encarga de los preparativos para cada una de las festividades religiosas en las que todo el pueblo participa.

Como en todos los pueblos de la tierra, el hombre desde la más remota antigüedad, se preocupó por el fenómeno de la muerte. La mayoría de los pueblos creían que al morir el individuo, su alma iría a otro mundo, donde viviría por siempre.



En el México prehispánico, los nahuas se explicaban el hecho de ser mortales, debido a que se alimentaban de la Tierra, "Para ellos existían dos formas de vincularse con la Tierra, de adquirir el estigma de la mortalidad -según explica López Austin el primero, (era) convertirse en hombre pleno, ingiriendo el alimento propio del ser humano, el maíz; tomar contacto con aquello que nace de la GRAN MADRE y hacerlo propio, incorporarlo a su organismo, participando así de la naturaleza telúrica de lo que ha brotado de la región de la muerte; el segundo, entregarse a las cosas de la Tierra, a la Tlalticpacáyotl, haber conocido el polvo, la basura, esto es, haberse iniciado en la vida sexual. Sólo los niños de pecho estaban libres de ambos vínculos." (2)

Respecto a la concepción que los matlatzincas tenían de la muerte sabemos muy poco. Ellos, como los demás grupos mesoamericanos, fueron influenciados por la cultura Tolteca, ya que permanecieron bajo su esfera de influencia por mucho tiempo.

De acuerdo a los estudios realizados por García Payón en la década de los treinta, sabemos que los matlatzincas acostumbraban el entierro primario y posteriormente el secundario para sus muertos, ya que "... en la zona de Tecaxic-Calixtlahuaca, (una zona matlatzinca) todas las sepulturas encontradas fueron secundarias: sea que fuesen simples entierros de

osamentas o en piezas de cerámica conteniendo los restos cremados de sus deudos".(3)

García Payón deduce que: "Los Matlatzincas tuvieron costumbre, también practicada por otras tribus americanas, de hacer doble sepelio a sus muertos: el primero temporal que podían hacer al aire libre, en una casa o cueva, colocando el cadáver (Huethuhui), sobre una camilla o plataforma levantada sobre postes hasta que el esqueleto quedase libre de carnes, entonces lo removían y enterraban definitivamente con los objetos del difunto. "Pero la cremación la practicaron los matlatzincas hasta la 3ra. época".(4) (ésta finalizó en 1475, debido a un terremoto).

Continúa explicando García Payón que los restos óseos de los entierros "...eran colocados en la sepultura sin ningún arreglo preconcebido; tampoco existiendo ninguna evidencia de orientación, o especial posición de ciertos huesos con los objetos, existiendo solamente una cierta preponderancia a que el cráneo se hallara cubierto, o descansando en un cajete trípode". (5)

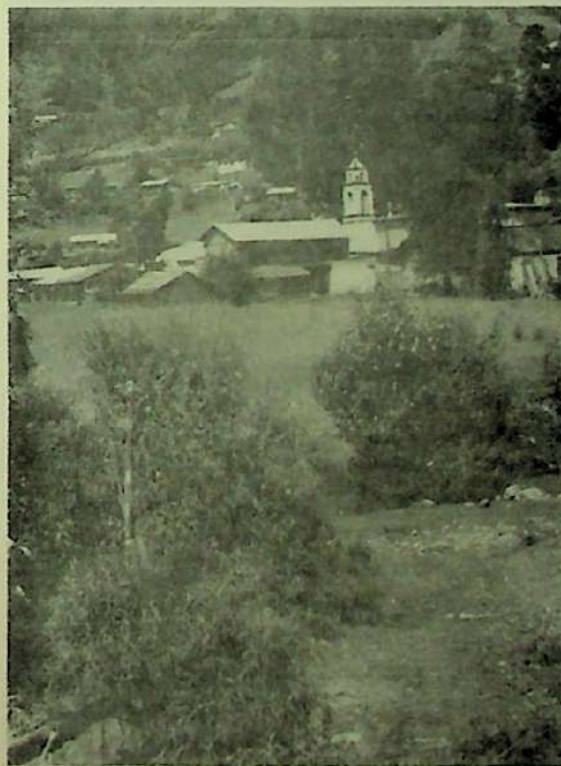
El citado autor señala que: "llama la atención la superabundancia de fémures, tibias y húmeros con relación a los cráneos o a la falta de éstos, y al hecho de que la mayoría de los primeros lleven incisiones transversales cuyo número no es inferior a 4 ni superior a 9 (estas ranuras son de 2mm. como máximo) ...existía una costumbre básica (al hacer estos esgrafiados) ...y allí nos hallamos frente a un serio propósito mágico de cierta naturaleza social por haber hallado entre los huesos algunos que por su tamaño, indudablemente fueron de mujeres". (6)

G. Payón formula varias hipótesis, explicando que: "Es posible que estos huesos rayados fueran de los enemigos que conservaran como amuletos o fetiches y fueron enterrados con su dueño...pues para su poseedor tenían un poder mágico que le adjudicaba el poder del vencido; pero de mayor importancia para nosotros es la ceremonia fúnebre que nos proporciona el Códice de Viena en el folio 24 en que se representa a Ehécatl-Quetzalcóatl teniendo un omóplato en la mano izquierda y uno de estos huesos con ranuras en la derecha, raspando ambos sobre un cráneo. ¿Cuál sería el significado de este ritual?...¿Sería para espantar o matar al enemigo? ¿Oír la voz del muerto?...Esto deja ver la influencia que la cultura Tolteca tuvo entre los matlatzincas".(7)

Respecto al hallazgo de trozos de cráneos encontrados en las excavaciones, este autor considera que: "entre los matlatzincas como entre los huicholes y otras tribus americanas, existía un culto a ciertos muertos que tenían por objeto principal, protegerse contra sus poderes maléficos, o bien que por medio de la conservación de estos cráneos de hombres que en vida fueron poderosos hechiceros trataban de conservar la fuerza vital y fuerza mágica de éstos en beneficio de la comunidad, esto es, para el grupo o clan a que pertenecía el difunto. (8)

El sepelio que hacían los matlatzincas llamado sepelio en plataformas, que era temporal, ha sido interpretado en dicha forma. Este autor comenta que se ha dicho "que su propósito es facilitar al alma su ingreso en el séquito de las almas solares, es decir, su marcha tras el sol hacia una venturosa región allende la Tierra", o bien, en el hecho de sentir la necesidad de que la putrefacción se produzca en un lugar fuera del contacto con la muerte y librarla por lo tanto de su fuerza infecciosa e impura".(9)

Ahora bien, señala G. Payón que: "la osamenta si bien es verdad que no tenían ningún arreglo preconcebido, era enterrado con los objetos del difunto, lo que nos demuestra que aquí existía otra idea fundamental...se hacía porque se





creía que los bienes eran una misma cosa con el muerto... y el temor al contagio hacía que los supervivientes no pudiesen utilizarlos". Esto podría explicarse también considerando que si tenían la creencia de una existencia en el más allá, las pertenencias del difunto, quizá las colocaran para que las usara en su viaje a ese otro mundo.(10)

Por último, García Payón comenta que: "...se puede deducir que este pueblo profesaba ciertos conceptos anímicos en los que jugaba un papel importante la vida ulterior del hombre más allá de la muerte, pues se encontró en muchos de los entierros representaciones diminutas de las pertenencias del difunto... creemos que estas representaciones se entregaban al alma del difunto con el mismo objeto que los de su pertenencia. Así, entre los matlatzincas, los muertos iban (a semejanza de los nahuas) al inham imuchhathi (tlalocan), al pachoxemi (mictlán) o al inhiabi a morar en el sol...Practicaban el duelo "nitecathiyaa", del cual no se tienen más datos". (11)

Sólo sabemos en cuanto a sus creencias, que tuvieron "una religión personificada en esculturas de piedra y madera...Para cada Dios existía un templo y un ceremonial determinado...El Dios más importante para los matlatzincas de Toluca fue Coltzin, deidad agrícola. Sahagún afirma que fue asimismo llevado a Tenochtitlán. La Relación de Temascaltepec nos dice que el dios de esa comarca era Quequex que nos es otro que Otonteucutli, dios del fuego de los otomíes...el culto al fuego estuvo muy difundido en la Zona Matlatzinca. En Chalma se venera a Oztocéotl, Dios de la Cueva... es posible que sea una advocación de Tláloc. En

Calixtlahuaca hay un templo circular con la escultura del dios Ehécatl, lo que confirma el culto a Quetzalcóatl, que se introdujo probablemente por influencia tolteca."(12)

Los Matlatzincas tenían culto a los árboles monteses, al Nevado de Toluca...También tenían sacrificios humanos, los cuales eran ofrecidos a una deidad agrícola, acostumbraban así mismo la antropofagia ritual. (13)

Ahora referiremos cómo es el culto a los muertos hoy entre los Matlatzincas de San Francisco Oxtotilpan del Municipio de Temascaltepec, Estado de México, culto que sin duda tiene ciertas reminiscencias prehispánicas, pero que se fundió con las creencias cristianas, a la llegada de los españoles conquistadores.

Los matlatzincas, todavía hoy, tienen gran respeto por sus muertos. Cuando mencionan en la conversación a uno de sus difuntos, lo hacen con mucha reverencia y dicen lo siguiente en el caso de que su papá sea el difunto: "Mi papacito, que no lo ofenda yo" y se quitan el sombrero e inclinan ligeramente la cabeza.

Cuando alguien muere, llevan una crucecita de la iglesia a la casa del difunto. Posteriormente, cuando llevan al difunto a la iglesia, esa crucecita y una campanita, sonando, lo preceden. El cortejo entra a la iglesia, rezando por el difunto, "van por el doble" dicen ellos, y de allí se dirigen al panteón, parientes y amigos van en procesión, en medio de cantos y rezos, un rezadero los acompaña. Se entierra y le reza un Padre Nuestro, después se van

a casa de la familia del difunto para consolar a los familiares más cercanos del fallecido. Al morir, se pone en el altar de la casa un vaso de agua para el difunto.

Durante los nueve días siguientes en los que se ha estado rezando el rosario con el rezadero, se coloca en el altar de la casa un platillo con comida ya que se cree que estos 9 días, el difunto todavía no es llamado por Dios para ser juzgado; entonces anda en pena, desprotegido. Luego sus familiares van a la iglesia y llevan cuatro velas de cera, un plato de mole y tamales. Se bendicen y se entregan a los "estopiles" o "huexoques": los criados de los Mayordomos se lo comen. Después le llevan al panteón otro plato con mole, tamales y pulque, y se reza; a continuación comen de este plato los "estopiles". De allí se dirigen todos a casa del difunto y los familiares de éstos ofrecen un almuerzo para todos. Los familiares que acuden a casa del difunto, suelen permanecer quince días o hasta un mes acompañando a la familia para consolarla y ayudar en los menesteres necesarios.

Para conmemorar el día de muertos, a fines de octubre las familias matlatzincas hacen sus compras para elaborar el "pan de muerto". Compran también ceras, veladoras y copal así como fruta y flores que colocarán en la ofrenda de sus casas y en la tumba de sus muertos. Dedicar casi todo el día a elaborar su pan - además, es el único día que preparan pan en todo el año- ya que preparan unos veinte kilogramos de harina por familia. Toda la familia colabora en el proceso y se esmeran en hacer las figuritas de animales como les enseñaron sus padres, quienes a su vez, aprendieron de sus abuelos. Ponen a cocer el pan en horno de leña. Hay gran entusiasmo por ver las piezas terminadas y una vez que se empieza a hornear, el recinto se impregna de un delicioso aroma. Se barnizan las piezas de pan con una flor de cempasúchil mojada en miel y se van colocando en canastos. Se elaboran piezas pequeñas para los difuntos pequeños y piezas más grandes para los que murieron siendo adultos. Una vez que terminan, preparan una gran olla de café negro en una fogata y todos se sientan alrededor de ella y comen pan recién hecho, beben café y charlan de lo acontecido ese día y cuentan las leyendas referentes a aquéllos que no creyeron que el día de muertos se abre el cielo para que los difuntos visiten a sus familiares y por tanto no pusieron ofrenda a sus muertos, sufriendo sus difuntos las consecuencias de esta omisión.

El 30 de octubre todos los pobladores de San Francisco Oxtotilpan -donde viven los matlatzincas- andan afanosos, colocando en casa la ofrenda a sus muertos. Muchos de ellos sembraron cempasúchil desde julio, para sus ofrendas. Los que no pudieron sembrarlo, compran la flor a sus parientes o amistades. En una casita del centro se vende en estos días gladiola blanca, ceras y veladoras. El 31 de octubre todos han puesto su ofrenda en casa y prenden las velas para los difuntos chiquitos.

La ofrenda a los muertos entre los matlatzincas consiste en una mesa colocada por lo general, en el lugar central de la casa y siempre frente a una puerta para que los difuntos no tengan dificultad en llegar a ella. Sobre la mesa se pone un marco de madera, el cual se adorna con el corazón de un tipo de palma que se da en San Francisco. Se cuelgan varias imágenes de vírgenes y santos, aquéllos que consideran más milagrosos y también, un crucifijo.

Sobre la mesa se colocan los platillos tradicionales y del gusto de los difuntos: pollo con mole, tamales de haba y frijol, tortilla, elotes, frutas y "pan de muerto". De bebida, ponen té, pulque y algunas veces licor. Al frente de la mesa, colocan las velas y las veladoras y en el centro el sahumerio con el copal, en el piso, frente a la ofrenda, ponen





varios ramos de flores; cempasúchil, gladiola, nube, terciopelo, alcatraz, etc.; junto a las flores, colocan un petate, que ha de ser nuevo para que el difunto o difuntos lo puedan usar.

El día 1o. de noviembre a las doce del día, empiezan a doblar las campanas por los difuntos, también queman unos cohetes para indicarles el camino. A partir de esa hora las campanas tocarán incesantemente durante las 24 horas del día, pues hay la creencia de que a las doce del día se abre el cielo y los difuntos vienen a la tierra a visitar a sus familiares, así las campanas les indicarán el camino.

Ese día, familiares y amistades se visitan y se les invita un taco a todos. Se bebe pulque y se charla sobre cuestiones cotidianas y sobre los difuntos.

En la iglesia se coloca un catafalco forrado con tela negra que lleve una calavera pintada, también colocan una calavera humana y se adorna con flores, velas y copal. Por la tarde, los fiscales y mayordomos se reúnen con el rezandero ante el monumento y rezan por los difuntos de la comunidad. Después, en procesión, llevando una cruz alta, cirios y copal, se encaminan al panteón que está en la cima de uno de los montes de la comunidad. Frente al "Descanso" (un nicho situado en el panteón, que contiene una sencilla cruz, la cual es arreglada para esta ocasión con palma y flor de cempasúchil) se arrodillan y rezan un rosario y cantan la letanía y cánticos para difuntos, con voz ronca y melancólica.

El panteón se halla profusamente iluminado por la inmensa cantidad de veladoras que hay colocadas en las tumbas, a las que ponen un marco de madera adornado con palma, la tumba se cubre totalmente con flores, se colocan las veladoras y los cirios, por la noche se encienden y se quema el copal en las tumbas. Todos, congregados frente al "Descanso" rezan por sus difuntos:

Venimos descalzos

estamos aquí

ya que todo el año

los hemos olvidado..."

Si bien, hay algunos rostros tristes y llorosos, reina en el ambiente una discreta alegría. Estas ceremonias permiten una amplia convivencia que refuerza la solidaridad y la cohesión entre los matlatzincas.

Casi toda la primera parte de la noche el panteón es visitado. Se crea un ambiente impresionante con la procesión de las velas encendidas, las tumbas tapizadas de flores, la fragancia de éstas y el olor del copal que se quema en los sahumerios. Es algo indescriptible.

Los Fiscales, los Mayordomos y el rezandero regresan a la iglesia, en procesión. Reunidos junto al catafalco rezan un rosario y cantan con voz desgarradora. Al terminar, los Fiscales se quedan a velar toda la noche. Los Mayordomos, acompañados de sus topiles, van a sus respectivos barrios, recorriéndolos para el "Tichimín", o sea para la recolección de mole y el pulque que cada familia dona para alimentar a los jóvenes que se han ofrecido a tocar las campanas durante toda la noche.

Virtualmente, todos los matlatzincas que se hallan fuera de la comunidad, vienen para esta ocasión, por lo que todos los hogares se ven muy concurridos, lo cual, es motivo de regocijo. Esa noche se acostumbra a cenar tamales y mole. El Mayordomo del barrio va de casa en casa, tocando y saludando con su bastón de mando, este saludo tiene carácter reverencial. El Mayordomo recita un saludo y una petición en lengua matlatzinka antigua, la dueña de la casa le contesta en forma semejante y procede a servirle un plato de arroz con

mole. Para esto, el Mayordomo ya ha saludado a cada uno de los allí presentes, rozando la mano de cada uno con el bastón. Después el Mayordomo vacía en una gran olla el plato de comida. La dueña de la casa le vuelve a servir otro plato, el cual bendice el Mayordomo y procede a comer con discreción y reverencia.

El Mayordomo trae un acompañamiento de una treintena de jóvenes quienes le esperan fuera de la casa, haciendo gran algarabía, pues se hallan dedicados a mirar por entre las rendijas de la casa para localizar a las jóvenes que hay en ella y hacerles ver que son de su agrado. Esto lo hacen introduciendo grandes chilacayotes en la casa, haciéndolos rodar por el suelo ante la expectación de todos. El joven que lo hizo rodar, espera que la joven de la casa lo recoja, en cuyo caso, significa que el agrado es mutuo y él podrá cortejarla posteriormente. Todo ello sucede en una atmósfera de alegría.

El joven en cuestión es invitado a entrar en la casa y se le ofrece de beber y de comer. La dueña de la casa envía varios tascas de tamales para los jóvenes que esperan afuera, quienes los comen con deleite y avidez. El Mayordomo bebe un vaso con pulque después de bendecirlo y el resto lo vacía a un garrafón que traen sus ayudantes. Terminan de comer con toda ceremonia, se levanta el Mayordomo y recita una frase ritual de agradecimiento en su idioma. Se despide de cada uno de los circunstantes, estrechando suavemente la mano de cada uno, con un bastón de mando y se va con todo su acompañamiento en medio del bullicio, a continuar el recorrido.

Más tarde, los de casa, toman café con un poco de alcohol, pues el frío cala hasta los huesos. Gran parte de la noche visitan el panteón acompañando a los familiares que van llegando de México con grandes ramos de flores, veladoras y copal. Entre 2 y 3 de la mañana, poco a poco el panteón se va quedando solo. Las familias se recogen en casa y permanecen toda la noche junto a la ofrenda, en vigilia, manteniendo las velas y el copal encendido para que puedan llegar los difuntos a gustar del aroma de los platillos que fueron de su preferencia en vida. A lo lejos, se escucha el continuo repicar de las campanas.

Podemos ver que la muerte viene a ser un hecho natural o sobrenatural para los matlatzincas: el primero se da cuando la muerte es causada por algún tipo de enfermedad. El segundo cuando es



ocasionado por un hecho violento (un accidente o un homicidio).

Los matlatzincas creen en la actualidad, que cuando alguien muere, la persona cambia de lugar, es decir, su alma cambia de lugar, pero al año regresa. Creen también, que dependiendo del comportamiento que hayan tenido en la vida, alcanzarán un escalón en el cielo. Por eso, los que se han portado mal, como los que llegan a cometer un homicidio, ellos mismos lo dicen: "Ya estamos amarrados con cadena" (es decir que irán al infierno, perdiendo así, la oportunidad de ir al cielo).

Los Días de Muertos, porque ellos consideran varios días: desde el 31 de octubre, el 1o. y 2 de noviembre (no como la tradición católica que considera el día 1o. de noviembre dedicado a Todos los Santos y sólo el día 2 de noviembre, a los "Fieles Difuntos"), esto proviene desde la tradición prehispánica, el de dedicar varios días a ofrendar a los muertos. Durante esos días, dicen ellos, andan muchas mariposas amarillas, porque esas son las almas de sus muertos que regresan. Por eso, las matlatzincas ponen sus ofrendas a sus muertos, porque creen que estas fechas vienen, para proveerse de alimento para todo el año.

El día 2 de noviembre, las familias pasan gran parte del día visitándose unos a otros y ofreciendo los de casa a los visitantes un taco, un almuerzo y

fruta y pan de la ofrenda de muertos, diciendo "tenga, lo que nos dejaron los muertitos".

Como podemos ver, entre los matlatzincas, como entre otros grupos étnicos de nuestro país, la muerte y la presencia de los muertos y su recuerdo es muy importante. Vida y muerte forman parte de su ciclo vital y por ello unen simbólicamente estos acontecimientos tan opuestos, ya que sólo así se explica que una fecha tan fúnebre, como es el 10. de noviembre, se torne tan festiva y sirva para el inicio de nuevos noviazgos y posibles matrimonios que darán paso a nuevas vidas.

Además, la muerte entre los matlatzincas, no es un hecho solitario, es un hecho social que atañe a toda la comunidad, la cual participa desde que uno de los suyos fallece, acompañando a los deudos en el velorio, en el sepelio, en los rezos y cooperando con dinero o en especie para amortajar al difunto, para adornar la tumba, para las comidas y almuerzos ofrecidos en el velorio y en el sepelio. Este acontecimiento se enfrenta de manera diferente entre ellos y sirve además para reforzar los lazos comunitarios de este grupo. Para ellos la muerte tiene otro significado.

NOTAS

(1) Piña Chan, Román. Teotenango. El Antiguo Lugar de la Muralla. Tomo II. Toluca, Dirección de Turismo del Estado de México, 1975. p.547.

(2) López Austin, Alfredo. CUERPO HUMANO E IDEOLOGÍA, Tomo I. México. U.N.A.M. 1984, p.358

(3) García Payón, José.- LA ZONA ARQUEOLÓGICA DE TECAXIC-CALIXTLAHUACA Y LOS MATLATZINCAS. 2da. parte. Toluca. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México. 1974. p. 127.

(4) García Payón. Op. Cit. *ibid*.

(5) García Payón. Po. Cit. pág. 128.

(6) García Payón. Op. Cit. p. 129.

(7) García Payón. Op. Cit. p. 130.

(8) García Payón. Op. Cit. *ibid*.

(9) García Payón.- Op. Cit. *ibid*.

(10) García Payón.- Op. Cit. *ibid*.

(11) García Payón.- Op. Cit. *ibid*.

(12) Quezada, Noemi.- Los Matlatzincas. México. INAH. SEP. 1972. p. 61.

(13) Quezada, Noemí.- Op. Cit. pp.61-64